

AL FINAL DE LA VIDA

Isabel sintió una punzada en el estómago cuando se enteró del Servicio que le habían asignado para realizar las prácticas de sexto curso. Durante su preparación en la facultad de Medicina aprendió sobre el diagnóstico y el tratamiento de un amplio abanico de patologías, empleadas con gran maestría por quien Noah Gordon, en su novela *El Médico*, denominó el “Caballero Negro”, que tiene como estrategia hacer desaparecer a sus víctimas tras, por lo general, un periodo de intenso sufrimiento. Lo que no le enseñaron los libros ni sus maestros fue que, a pesar de que la Ciencia Médica cuenta con grandes soldados que día a día se dejan la piel en la contienda contra tan perverso personaje, la realidad es que continúa ganando muchas batallas, haciendo prisioneros de toda edad y condición y dejando a su paso una estela de dolor y soledad en aquellos que se quedan en el mundo de los vivos lidiando con las pérdidas. Sabía que el trato con los enfermos terminales y sus familias era su asignatura pendiente; sin embargo, pasar un mes entero en Cuidados Paliativos no era con lo que había soñado finalizar su formación.

Como estudiante experimentada, estaba acostumbrada a cruzarse dentro del hospital con personas aquejadas de todo tipo de dolencias, así como a percibir la tristeza y la desesperación de sus seres queridos, que solían mirarla como si llevara escrita en la frente la solución a todos los males del mundo. No obstante, el primer día que pisó la planta, percibió que el ambiente era radicalmente distinto. Allí la gente no buscaba respuestas: ya habían recibido la peor de todas.

- No pretendo convencerte de que te dediques a esto, pero sí me gustaría que te quedaras con la idea principal de lo que hacemos aquí: dar un soporte adecuado tanto médico como humano para facilitar en la medida de lo posible el proceso de morir cuando éste es ya inevitable –. Le expuso su tutor, el doctor Luis Rodríguez, mientras le ofrecía un café que rechazó de inmediato. Ya estaba lo suficientemente nerviosa.

Los días transcurrían entre llantos y muestras de agradecimiento por parte tanto de los pacientes como de sus familiares, una mezcla de emociones a la que no estaba nada habituada. Poco a poco y enfermo tras enfermo, su inseguridad fue disminuyendo, llegando incluso a entablar una relación más estrecha con una de las pacientes, Nadia, que sufría con resignación las consecuencias de un sarcoma de Ewing metastásico. Isabel se encargaba de administrarle los fármacos

correspondientes a diario y comenzó a pasar más tiempo en su habitación, atesorando cada instante que la muchacha permanecía consciente y capaz de mantener una conversación. En una de ellas, descubrió lo mucho que disfrutaba aprendiendo acerca de las propiedades terapéuticas de las plantas, y prometió llevarle algo de lectura de esta temática cuando regresara al hospital.

De buena mañana y cargando con su *Enciclopedia de Plantas Medicinales*, Isabel atravesó el largo pasillo que conducía al control de Enfermería, llegando justo a tiempo para escuchar el pase de guardia.

- La paciente de la 256 sufrió un empeoramiento brusco durante la noche. Sus órganos están empezando a fallar, no podemos asegurar que vaya a pasar de hoy...

Como un autómatas, se dirigió hacia la habitación de Nadia, vislumbrándola desde la puerta. Quiso entrar, pero se quedó paralizada. Había presenciado el fallecimiento de varios pacientes a lo largo de su rotación, mas con ella era diferente.

Nadia era de su edad. Nadia quería seguir viviendo con todas sus fuerzas. Nadia tenía expectativas con respecto a un futuro que no tendría lugar jamás. Nadia, a fin de cuentas, era Nadia.

- Qué duro es ver la muerte reflejada en los ojos de la juventud, ¿verdad? – Luis la sorprendió en el mismo sitio, incapaz de moverse -. Vivimos de espaldas a ella, a pesar de ser una parte inherente a la propia existencia. Nos cuesta procesar que no somos eternos -. Hizo una pausa y, tras comprender que Isabel no se encontraba en condiciones de interpretar sus metáforas, decidió ir al grano. – Todavía está ahí. ¿Qué tal si le regalas un ratito de lectura?

De repente, volvió a notar el tacto rugoso del libro, y algo se ablandó dentro de ella. Las lágrimas que rodaron por sus mejillas fueron el combustible que necesitaba para poner sus piernas de nuevo en funcionamiento y, cuando quiso darse cuenta, se encontraba sentada a su lado, recitando en voz alta la utilidad del diente de león en el cólico estomacal mientras agarraba con fuerza su mano. Nadia no abrió los ojos en ningún momento, pero quería creer que, al menos, seguía pudiendo escuchar. El pulso era cada vez más lento y la respiración más superficial y débil, e Isabel supo que el final se aproximaba.

- Gracias por todo lo que has hecho por mí y sabes y, más aún, por lo que me has enseñado y ni siquiera puedes imaginarte.